

# A través del espejo Silueta de Luis de León

Hugo Hiriart

Perteneía a una familia de letrados. Un tío suyo, Francisco, era catedrático de derecho canónico en Salamanca. Su padre fue administrador del castillo de Belmonte, donde nació Luis, y “parece que casó con una judía, y por lo tanto la familia pertenecía a aquella minoría religiosa, la de los conversos o descendientes de judíos...”.

Aquí cito al impresionante erudito sefardí-francés del Siglo de Oro español, Joseph Pérez. Muy buena cosa es que sea judío porque ha entrado de lleno en el horrendo tema de la persecución de los judíos en la España imperial. Cuando menos en dos libros sobre la Inquisición, un libro sobre los judíos en España, libros fríos, contenidos, imparciales, que admirablemente no pierden objetividad.

La familia de León, como la de Santa Teresa, fue acomodada; “siendo Luis todavía estudiante, su padre le enviaba fondos que le permitían llevar vida desahogada: tenía un criado para servirlo y podía comprarse libros en la tienda de Lucas de la Junta, en Salamanca. Más tarde, ya fraile, no vivía en una celda, sino que disponía de un piso bastante amplio con alcoba, muebles, chimenea, espejo (*sic*), cuadros, mesas, estanterías..., como administrador que era, desde 1566 (rector en 1572), del colegio de San Guillermo, fundación de la Duquesa de Béjar que dependía teóricamente del convento de San Agustín de Salamanca (nuestro poeta fue fraile agustino), pero que gozaba de gran autonomía”.

Ingresó a los trece años a la Universidad de Salamanca, y ahí quedó, si olvidamos que de muy joven asistió un tiempo a la Universidad de Alcalá de Henares, donde Cipriano de Huerga le enseñó el hebreo.



Fray Luis de León dibujado por Francisco Pacheco, 1599

Sólo se interrumpió su existencia académica cuando salió a la cárcel de la Inquisición por cinco años, junto con otros dos teólogos colegas suyos, Gaspar de Grajal (que murió en prisión) y Martín Martínez. “Se les acusaba, escribe Karl Vossler, de que en su comentario de la *Biblia* daba preferencia al texto original en hebreo sobre el texto latino de la Vulgata, y que la causa de la preferencia habría que buscarla en la actitud favorable al judaísmo, heredada con la sangre de antepasados suyos” de esa etnia.

Anunciado por “atabales, trompetas y gran acompañamiento de caballeros, doctores y maestros”, regresa a Salamanca de la cárcel. Vuelve a la cátedra, sin pronunciar el “decíamos ayer”, leyenda absurda, inventada en el siglo XVII. Francisco Pacheco, el pintor, maestro y suegro de Velázquez, lo describe diciendo: era “el hombre más callado que se ha conocido, si bien de singular agudeza en sus dichos, (era) de mucho secreto y fidelidad, puntual en palabras y en promesas, compuesto, y poco o nada risueño”. ¿Un hombre así, podría haber alardeado con la tontería chacotera del “decíamos ayer”? Como si los cinco años de tortura hubieran sido nada, un viaje de placer. No, el proceso inquisitorial dejó agotado al poeta, la experiencia fue infernal.

Volvamos al joven Luis de León. Estudió primero derecho, luego teología. Tuvo maestros extraordinarios, entre ellos, Melchor Cano y Domingo de Soto, nada menos (“el improbable y acaso inexistente lector” que quiera noticias sobre estos dos famosos pensadores puede consultar *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los Siglos de Oro*, de mi maestro, José M. Gallegos Rocafull, editado por la UNAM).

Como era de esperarse, las universidades de entonces manifiestan diferencias con las de hoy. Los estudiantes, por ejemplo, participaban en la elección de los maestros o manifestaban su protesta en clase pateando el suelo. Cosa que hacían con frecuencia en las clases de Luis de León. Hablaba quedito y no lo oían. En alguna ocasión se disculpó bromeando: “es preferible decir ciertas cosas en voz baja para que no las oigan los inquisidores”. Estaba terminantemente prohibido que los estudiantes tomaran apuntes, disposición que León violaba repitiendo dos y tres veces lo que iba diciendo, cosa también prohibida, para que los estudiantes tomaran notas. La lección se dictaba ante unos 300 alumnos.

A veces, claro, se sitió harto de la enseñanza. En una carta de 1570 a Arias Montano se queja: “Trabajo en esta atahona (atahona, como bestia que mueve el molino) ocupado siempre en la letras que menos gusto y cada día con más deseo de salir dellas y de todo lo que es universidad y vivir lo que resta en sosiego y en secreto y aprendiendo lo que voy cada día olvidando más”.

¡Oh monte, oh fuente, oh río!

¡Oh secreto seguro y deleitoso! **u**